

frota los órganos genitales, experimentando sensación de placer, visible en su rostro; igualmente mostró sensación de agrado cuando se le hizo examen genital al tomar la historia.

Casi todos los días, en las horas de la noche, es necesario sedar al muchacho con el objeto de que pueda dormir y deje tranquilos a los otros enfermos; para ello se le administra elixir de fenobarbital o una ampolla de gardenal". (L. Botero R.)

A los pocos días fue remitido a psiquiatría para estudio y se encontró al paciente con notable deficiencia mental, con el que era muy difícil entablar un diálogo productivo. Se observó hiperquinesia constante, especialmente en la cara y cuatro miembros. También tendencia a la ecopraxia y obediencia automática. Teniendo en cuenta la evolución de la enfermedad, los movimientos ticosos generalizados y la coprolalia descrita en el informe de la sala, se llegó a la conclusión de que se trataba de un verdadero caso de enfermedad de los tics en un muchacho deficiente mental, con factores posiblemente hereditarios y en quien debido a sus precarias condiciones socio-económicas e higiénicas, se había desarrollado secundariamente una tuberculosis. Se inició entonces una terapia a base de fenotiacinas, agregada a la antituberculosa. Al cabo de 18 días el paciente fue dado de alta con mejoría tanto de su tuberculosis como del cuadro ticoso. Se perdió entonces contacto con él, y a los 9 meses vuelve al Hospital con una marcada agravación del cuadro tuberculoso, el que le produce la muerte a los pocos días. Sin embargo, y en relación con el cuadro nervioso, el padre fue muy claro en manifestar que el enfermo, después del tratamiento hospitalario, mejoró notablemente y sólo ocasionalmente mostraba los tics. Es muy posible, no obstante, que la agravación del cuadro tuberculoso, al producir una intoxicación masiva y un deterioro del estado general, de algún modo influyó en la amioración de la sintomatología gangliobasal y que el resultado de la terapia fenotiacínica si acaso tuvo un efecto fue secundario.

Tuvimos particular interés en el estudio anatomopatológico del sistema nervioso de este enfermo. Para tal efecto solicitamos examen de cortes tanto macro como microscópicos en el Departamento de Anatomía Patológica de la Universidad de Tulano. A pesar de los cuidadosos estudios llevados a efecto, en ninguno de ellos se encontró ninguna lesión llamativa o que hiciera pensar en algún proceso o localización especialmente extrapiramidal. Nuestro caso confirma así la opinión de la mayoría de los que han descrito esta enfermedad, en el sentido de que no hay en ella lesiones específicas.



Páginas de Antología

EL POETA DIEGO FALLON Y SU OBRA

Por Antonio Gómez Restrepo

Señor Ministro, señores:

Cuando hace dos años un reducido y silencioso grupo de amigos condujo a este sitio el cadáver de Diego Fallon, todos los que formábamos parte del cortejo sentíamos honda pena al comparar lo exiguo del homenaje con el mérito excelso de aquel hombre. Pocos días después se celebraba en esta ciudad la coronación de otro gran poeta, de Rafael Pombo, compañero y amigo de Fallon, y el brillo de aquella nobilísima apoteosis hacía resaltar más la humildad del entierro del cantor de la Luna. Tales son las desigualdades de la suerte, cuya inconstancia es tan grande, que quizá hoy el poeta laureado envidie en medio de su soledad y tristeza el destino del que se le anticipó en el viaje de las regiones eternas. Pero los amigos y admiradores de Fallon no podíamos saldar con el olvido la deuda pendiente con su memoria, por cuanto unos pocos días se hayan deslizado ya sobre su tumba; y hoy venimos aquí no a pagar esa deuda, ni a darnos por satisfechos con este sencillo homenaje, sino a dejar testimonio de que su recuerdo persiste en nuestros corazones; de que muerto a los ojos de la carne, vive en nuestros espíritus por medio de sus creaciones poéticas, que centellean en el cielo del arte colombiano con el fulgor que ostentan en las noches serenas las vibraciones misteriosas, emanadas de astros que murieron hace ya siglos.

No es tan rico nuestro país en glorias literarias, que la desaparición de Fallon pudiera pasar inadvertida. Si circunstancias imprevistas impidieron que el entierro de Fallon fuera una manifestación de duelo nacional, no hay quien deje de apreciar el inmenso vacío que dejó con su muerte esa figura excepcional, esa personalidad originalísima, que ni tuvo modelos, ni consiente imitadores, y en cuya formación entraron elementos que rara vez se juntan en un mismo individuo. Porque Fallon no se parecía a ninguno de los hombres notables por el pensamiento, que han brillado en Colombia: era

un ejemplar único, en quien se armonizaron las más opuestas influencias de raza, de educación, de temperamento; original en lo grande y en lo pequeño; en el arte y en la vida; en sus intuiciones filosóficas y en su modo de practicar el trato social. Gentleman dotado de todas las condiciones típicas del carácter bogotano, era un gran poeta inglés de la raza de Shelley y de Wordsworth, que escribía en el más puro idioma de Castilla. Tuvo dotes de genio y condiciones de sabio; y fue toda su vida niño; y lo fue por tendencia de su alma y por virtud; porque él quiso presentarse como un párvulo delante de su Padre Celestial, para merecer más por haber sido más humilde e ingenuo; y no creyó que el manto de la gloria terrena pudiera servirle para adornarse en su viaje a la eternidad, ni aun siquiera para tenderlo como sudario sobre sus despojos mortales.

El talento multiforme de Fallon podría dar materia a un interesante estudio psicológico; el rayo de luz de una crítica inteligencia haría chispear todas las facetas de ese diamante de aguas purísimas, pero el foco más esplendente lo constituirá siempre su pequeña obra poética. Fallon no ha tenido el raro privilegio de ser considerado por el consentimiento unánime como un maestro indiscutible en poesía, y de haber podido entrar en competencia con nuestros poetas más grandes y fecundos, sin más caudal que el constituido por algunas composiciones, tan escasas en número, que bastan los dedos de una mano para contarlas. Pero en cambio, ¡qué calidad y rareza las de esas joyas! Dos o tres de tales cantos ascienden a las cimas más altas del lirismo y constituyen ejemplares nuevos en el cuadro de la poesía castellana. Cuando Fallon escribió *La Luna*, la más acabada y grandiosa de sus creaciones, la escuela romántica había muerto; pero ninguna nueva dirección se había impuesto todavía en la literatura peninsular: eran años de indecisión, de un marasmo de que no debía salir el pensamiento español sino algún tiempo después, como consecuencia de la violenta sacudida de la revolución de septiembre. Para escribir *La Luna*, Fallon no se inspiró en ningún maestro, no imitó los procedimientos de determinada escuela literaria: buscó la inspiración en sí mismo, en las profundidades de su alma, arrobada ante el espectáculo de la naturaleza y en la contemplación de las verdades eternas; se esforzó por entrever los fulgores de la suma belleza; y uniendo en sí al artista y al vidente, compuso un canto que es una obra de arte perfecta y al propio tiempo una elación, el vuelo impetuoso de una alma que de un solo impulso llega hasta los umbrales de lo infinito.

La poesía de Fallon es predominantemente descriptiva, pero no a la manera tradicional de la lírica española, que rara vez aplicó sus labios a los senos inexhaustos de la naturaleza, y generalmente la consideró como un adorno, como un

elemento decorativo en el arte. A otra raza más soñadora correspondió dar más original desarrollo a la poesía de la naturaleza, considerando a ésta, no como entidad indiferente y muda, sino como criatura animada y sensible por cuyas venas circulan, con ritmo solemne, los raudales palpitantes de la vida. No volvieron al mundo las ninfas y faunos de los antiguos; pero todos los objetos se animaron, como si dentro de cada uno hubiera venido a albergarse un espíritu; lo mismo en el átomo de polvo que danza en un rayo de sol, como en los uniformes bloques de piedra que impávidos desafían el rayo, Fallon, descendiente de esa raza por la línea paterna, fue el mágico prodigioso de la naturaleza americana. Su imaginación potentísima, en perenne ebullición, y perpetuamente creadora, transformaba en símbolos los más humildes objetos y comunicaba animación y movimiento a lo inanimado. Hallaba sutiles relaciones entre los seres que pueblan la creación, y eslabonaba fácilmente lo físico con lo espiritual y suprasensible. El universo no era para él solamente el alfabeto en el cual descifraba el nombre de Dios, sino un sér activo que con las infinitas vibraciones de sus moléculas saluda, como con un himno inmenso, a su creador. ¡Qué diferencia tan grande entre la luna que invoca el divino Herrera en una de sus elegías, bajo la forma de la diosa mitológica que rige el argénteo carro, y la criatura púdica y misteriosa que pone apenas su leve pie sobre el mundo en el canto de Fallon! Y ¿qué decir de la palma del desierto, que al conjuro del poeta adquiere toda la graciosa languidez, todo el voluptuoso hechizo de una beldad andaluza? Y el arte de Fallon no se limita a animar seres amables y graciosos, sino que tiene poder bastante para arrancar de su sueño de miríadas de siglos a los informes bloques de las rocas de Suesca; los reúne en fantástico aquelarre; y contemplando, entre irónico y cariñoso, esas magnas creaciones de su mente, las obliga a contar, en versos de potente resonancia, no exentos de humorismo trascendental, las épocas geológicas, las convulsiones que acompañaron a la formación del mundo.

Muy varios elementos concurren a la producción de la poesía de Fallon: innato sentimiento artístico, que lo hacía apto para apreciar la belleza bajo todas sus formas; prodigioso instinto musical que se manifestó ampliamente en su propio campo, y que lo hacía dueño de todos los misterios del ritmo poético; talento filosófico que le permitía elevarse sin esfuerzo a la esfera metafísica, comunicando luz intelectual a sus cantos; disciplina científica, que le sirvió para adornar la poesía castellana con galas y preseas antes exóticas. Y estos elementos se fundieron armoniosamente en síntesis genial, produciendo obras que dan, como pocas en nuestra lengua, la impresión de lo perfecto. Fondo y forma se compenetran, sin dejar la menor huella del esfuerzo, del trabajo material

de composición. A lo imprevisto de la idea, a la frescura de la imagen corresponde la novedad de la expresión que es en Fallon una creación permanente. No se podría decir de él, como se ha dicho en són de elogio de otros grandes poetas modernos, que sus versos son obra de orfebre. Como Lamartine, como Shelley, creaba la belleza ideal sin revelar fatiga, como cumpliendo una función natural, como brilla una estrella, como canta la alondra remontándose al cielo entre los fulgores de la mañana. Y no es que improvisara sus obras maestras: meditábalas largamente. Pero supo evitar que el público viera correr las gotas de sudor de la frente olímpica, iluminada por el genio. Más de una vez traspasó la esfera de lo bello y penetró en lo sublime, y entonces sus versos nos comunican el estremecimiento sagrado que causa el paso de Dios sobre el espíritu del hombre.

La Luna es una obra de significación artística tan intensa, que como el canto de Lamartine A las Estrellas, y el de Shelley a La Nube, parece sumar en sí toda la virtualidad poética de una lengua. Se asemeja Fallon al gran vate francés en la majestad del cuadro panorámico, en la impresión de religioso misterio que se desprende de su interpretación de la naturaleza, y al sumo lírico inglés en el poder evocador, en el arte de dar vida y carácter a las más vagas formas de lo creado. Nunca las noches tropicales, las "azules noches de verano", han sido transportadas al arte con toda su voluptuosa transparencia, con la arrobadora majestad de su luminoso silencio, como en las aladas estrofas de Fallon. Al terminar la lectura del canto, el hombre inclina la cabeza, como abrumado bajo el peso de lo infinito.

El corazón se dilata al considerar que al elogiar al poeta no hay que hacer abstracción del hombre, pues si el uno se elevó hasta las regiones del genio, el otro llegó a las humildes grandezas del justo. El, que pudo esperar tanto de la vida, no le pidió sino lo que el Señor indicó en la oración dominical: el pan de cada día. Nunca se esforzó por lucrar sus talentos, ni por obtener puestos ni honores, sino por ascender más cada día por la escala de la perfección moral.

Al fin se abstraigo tanto, que podía parecer un sonámbulo de la realidad, pero era entonces cuando más abiertos tenía los ojos interiores del lado del cielo. En medio de su trabajada pobreza, vivió siempre alegre, con la santa alegría de los seres que son vasos de elección. Regocijó muchos espíritus con los ruseños juegos de su fantasía, con los chispazos de su ingenio, pero jamás abrió ninguna herida, jamás hizo contraer con el seño del disgusto o de la reprobación el rostro de ninguno de sus oyentes. Cuando llegó la muerte, la esperó sin temor, abrazado al Crucifijo, al cual pudo decir con el cantor de las meditaciones:

"¡Odernier confident de l'ame qui s'envole!"

Ojalá que la admiración nacional levante a Fallon en este recinto un monumento tan gentil y tan adecuado como el que guarda en París las cenizas de Alfredo de Musset. ¡Cuán dulce será, para los que tanto quisimos al poeta, venir a meditar a la sombra del árbol simbólico que dé sombra a su busto de perfil shakesperiano, mientras asoma la luna, musa del muerto cantor, envolviendo la sabana con sus rayos azulinos, y empiezan a titilar las estrellas, que él llamó con frase sublime, arenas de la playa del mar de la eternidad, a donde fue a saciar su alma la sed inextinguible que lo aquejó en este mundo, del bien eterno, de la verdad completa, de la belleza absoluta.

